Imprimir

Una Europa sumida en una crisis económica y social está cambiando la diplomacia por el rearme, utilizando la «amenaza rusa» para justificar una escalada militarista que ninguna voz de paz puede detener.

Europa está furiosa. Los alquileres se disparan. Los precios de la energía suben, el crecimiento está estancado, los intereses de la deuda asfixian a Francia, Italia, España y Grecia; los fondos destinados a escuelas, vivienda y compensaciones para los agricultores afectados por la sequía se utilizan para pagar a los acreedores. Así comienza un artículo sobre «El peligroso invierno del descontento en Europa», publicado por el sitio web Politico el 22 de octubre.

Anton Jäger, autor de Hiperpolítica , afirma en el New York Times que «Europa está en llamas». Y advierte que esto continuará. Es la crisis postergada del capitalismo democrático, como ya había advertido el sociólogo alemán Wolfgang Streeck.

Es la misma Europa de las protestas estudiantiles, una Europa que lucha, insegura sobre su futuro; la misma Europa que afirma prepararse para una guerra contra Rusia que podría declararse antes de 2030. Como sabemos, tal guerra arrastraría al mundo entero. Y duraría «muy poco tiempo», como advirtió el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov.

Europa se retuerce, inquieta, en la camisa de fuerza en la que parece haberse convertido un mundo en el que ya no se siente tan cómoda como antes. Quizás precisamente porque le han amputado una parte esencial: la de la Rusia europea, por la que circulaba la energía que la impulsaba.

Hoy, lejos de cualquier integración, prevalece nuevamente la idea de infligir una derrota estratégica a una Rusia ajena y enemiga, algo que ya no era posible en el siglo pasado. ¿Y hoy, es posible algún tipo de acercamiento? Trato de abordar esta reflexión, una pieza clave en un juego de ajedrez cuyo tablero político se extiende de norte a sur, de este a oeste.

Europa está destinando miles de millones de euros a la industria bélica. Esto es, desde mi punto de vista, la ultraderecha europea: la ultraderecha marcada por la guerra. Igual que en el siglo pasado.

Un orden mundial turbulento

La configuración de un nuevo orden mundial se está desarrollando de forma extremadamente turbulenta y espontánea. Mientras la potencia hegemónica busca preservar su hegemonía, nuevos países reclaman espacios en el escenario internacional, afirmó el presidente ruso Vladimir Putin en el Foro de Valdai el 1 de octubre. Como es tradición, Vladimir Putin analizó el panorama internacional en el Foro, que se celebra anualmente entre septiembre y octubre.

Este año no fue la excepción. Entre su intervención y el debate posterior —una extensa sesión de preguntas y respuestas entre Putin y participantes de cerca de 40 naciones— la sesión duró más de cuatro horas.

El debate giró en torno a los cambios políticos de nuestra época. La configuración de un nuevo orden mundial que él describió como «inevitable». Nada está predeterminado, afirmó Vladimir Putin. El desarrollo puede tomar diferentes caminos. Las principales potencias mundiales poseen en sus arsenales armas capaces de destruir toda forma de vida y sumir a la Tierra en un estado catastrófico. ¿Podemos garantizar que estas armas nunca se usarán? «Por supuesto que no».

Si bien los conflictos internacionales serán una constante en los próximos años, a medida que el mundo se aleje de la hegemonía occidental, la situación mejorará gradualmente, dando lugar, en su opinión, a «un orden internacional multipolar más estable, democrático y libre».

Se trata de una visión optimista que el propio Vladimir Putin reconoce que no está garantizada. Lograrla implica adoptar una serie de medidas prácticas para «impedir que la humanidad sea empujada al borde de la supervivencia y evitar consecuencias irreparables».

La guerra en Ucrania

Resulta imposible detenernos aquí en los detalles del extenso discurso del presidente ruso, publicado íntegramente en inglés en la página web del Kremlin. Sin embargo, nos referiremos brevemente a otros dos temas: la guerra en Ucrania y el fin de la Unión Soviética.

Vladimir Putin aborda las razones que llevaron a Rusia a la guerra. «Soy consciente», afirma, «de que algunos miembros de la comunidad de expertos podrían cuestionar por qué Rusia inició la guerra mientras hablaba de paz».

Su punto de vista —apenas considerado por la prensa occidental— es que Rusia ni quería la guerra ni la inició. Ucrania debería haberse abstenido de fomentar el nacionalismo agresivo y la rusofobia para convertirlos en un arma de lucha contra Rusia. No debería haber elaborado planes para crear campos de concentración para la población del Donbás y Crimea. No debería haber atropellado a personas desarmadas con tanques, ni haberlas atacado con misiles y bombardeos aéreos, ni haberlas quemado vivas simplemente por ser rusas. Nos empujaron hasta este límite de forma consciente e intencionada.

Un punto de vista que puede debatirse, pero que debe considerarse si se pretende comprender el conflicto y buscar soluciones. Vladimir Putin también aborda otro tema relacionado, sumamente relevante y controvertido: el avance de la OTAN hacia las fronteras rusas. La OTAN no debería haber integrado nuestros territorios históricos en su espacio militar, ni haber planeado el establecimiento de bases en estas regiones.

Recordó las palabras de Egon Bahr, el líder socialdemócrata alemán, quien ya en 1990 expresó su preocupación por la posibilidad de que los sectores más agresivos de la OTAN no estuvieran interesados en promover la cooperación paneuropea una vez terminada la Guerra Fría. Tras la disolución de la URSS, «las fuerzas predominantes en Occidente, como temía Egon Bahr, mostraron poco o ningún interés en promover la cooperación paneuropea».

Vladimir Putin no menciona al diplomático estadounidense George Kennan, embajador en la

URSS durante unos meses en 1952, al final del mandato de Iósif Stalin —quien lo declaró persona non grata— , cuyas opiniones sobre este tema eran muy similares a las de Egon Bahr. Se trata de un diplomático al que me he referido en otras ocasiones.

Estrechamente vinculado a la política de la Guerra Fría, George Kennan advirtió que la expansión de la OTAN durante la administración de Bill Clinton en 1999, con la incorporación de Polonia, Hungría y la República Checa, no sería recibida por los rusos de manera «sensata ni moderada». «El firme compromiso de nuestra administración de impulsar la expansión de la OTAN hasta las fronteras de Rusia es el mayor error de todo el período posterior a la Guerra Fría», afirmó George Kennan.

Los líderes occidentales intentaron remodelar el mundo a su antojo y apropiarse de una parte —preferiblemente una gran parte— del legado soviético. Ahora podemos ver el resultado, afirmó Vladimir Putin. Desde su punto de vista, es evidente lo destructivo que fue el colapso del sistema estatal soviético hace 35 años, no solo para el destino de la Unión Soviética, sino también para la estabilidad global a largo plazo.

En 2020, Vladimir Putin acusó a Occidente de no hacer nada para cumplir su promesa de no ampliar la OTAN. Afirmó que el apoyo al golpe de Estado de 2014 en Ucrania y el intento de integrar a ese país en la OTAN constituían la principal fuente de tensión con Rusia.

«Las acciones unilaterales, a menudo ilegítimas, no han resuelto ningún problema», advirtió Vladimir Putin. Ya en 2007, en un discurso ante la Conferencia de Seguridad de Múnich, Putin advirtió contra la idea de un mundo unipolar. Al responder a una pregunta sobre la expansión de la OTAN, recordó a la asamblea que se trataba de una alianza militar y política. «¿Por qué necesita instalar infraestructura militar en nuestras fronteras durante su expansión?», preguntó.

Una mentalidad militar

En los últimos años, la amenaza rusa se ha convertido en un argumento para justificar el aumento del gasto en defensa de los países europeos. Según el presidente francés

Emmanuel Macron, Rusia ha tomado una decisión estratégica: volver a ser una potencia imperial, avanzando siempre que detecta debilidad. Esta afirmación resulta contradictoria al analizar los hechos. La frase sugiere la voluntad de Rusia de continuar su avance hacia el oeste si no encuentra resistencia.

Pero no fue Rusia la que avanzó hacia el oeste. Reaccionó muchos años después de que Occidente hubiera desplegado sus tropas hasta la frontera rusa, lanzando una ofensiva a lo largo de su frontera con Ucrania, tras varias advertencias sobre lo inaceptable que resultaba esto para la seguridad de Rusia.

Siempre me ha parecido importante, al analizar estos hechos, considerar que Rusia está combatiendo en su frontera. El territorio de Donetsk, que Rusia reclama como propio, tiene una anchura de unos 190 km. Los temores de Emmanuel Macron y de otros líderes occidentales sobre una ambiciosa restauración imperial o un plan de Moscú para avanzar hacia el oeste parecen infundados. Ni siquiera existe la capacidad militar para ello.

Sin embargo, Emmanuel Macron no está solo. El secretario de Defensa británico, Wesley Streeting, advirtió que su país debe estar preparado para un escenario de guerra en un plazo de mil días, argumentando que los enemigos de Londres podrían estar en condiciones de atacar el país para 2030. Naturalmente, se refería a Rusia.

En enero de 2025, el secretario general de la OTAN, Mark Rutte, instó a los países miembros a adoptar una mentalidad militar. Cuando asumí el cargo el año pasado, advertí que lo que está sucediendo en Ucrania también podría ocurrir en países aliados. Según Mark Rutte, la amenaza rusa no terminará cuando concluya la guerra en Ucrania.

A principios de octubre, Mark Rutte se refirió a una «zona gris maligna» donde Rusia libra una supuesta «guerra híbrida» contra los países de la OTAN. Esto alude a una serie de actos de naturaleza muy diversa, desde incidentes militares hasta informes periodísticos, con los que Rusia presuntamente los amenaza. Actos que, sin embargo, no justificarían la invocación del Artículo 5 del tratado, según el cual todos los países miembros de la OTAN deben prestar

apoyo a cualquier otro país atacado por una potencia extranjera.

El lunes 12 de octubre, el comandante supremo aliado de la OTAN, el general estadounidense Alexus Grynkewich, presentó la » Teoría de la Victoria «, un plan para afrontar una guerra con Rusia basado en tres principios: bloqueo, desgaste y destrucción. La presentó en el Foro de Seguridad de Varsovia, que reúne anualmente a algunos de los defensores más acérrimos de la preparación de Europa para la guerra. Un foro que, según Moscú, coquetea abiertamente con la ilusión de desmembrar Rusia.

Si bien la OTAN no considera que una confrontación militar con Rusia sea «inminente o inevitable», Alexus Grynkewich consideró prudente anunciar su plan, teniendo en cuenta «el sabotaje ruso, los incendios provocados, los ciberataques y la desinformación».

Este año, en un documento de 87 páginas, el Foro propuso condiciones equivalentes a una rendición rusa para poner fin a la guerra en Ucrania: sanciones permanentes, pago de reparaciones, adhesión de Ucrania a la OTAN…

Los riesgos de una guerra preventiva

El 17 de octubre, el sitio web ruso RT publicó un extenso artículo escrito por el «experto militar» Dmitry Kornev. Kornev afirmó que la estrategia descrita en » Teoría de la Victoria » era una «receta para el desastre».

Aunque no se trata de una estrategia completamente nueva, el documento añade un elemento importante: una fecha. Para 2030, Rusia estará preparada para atacar Europa. En realidad, afirma Dmitry Kornev, Rusia no cuenta ni con los hombres ni con los recursos necesarios para atacar a la OTAN, «a menos que esté preparada para un ataque suicida».

Sin embargo, al estimar una fecha para estos preparativos, existe el riesgo de desencadenar una guerra preventiva. Si esperamos, el adversario estará mejor preparado; si atacamos, podemos evitar un riesgo mayor.

Esta lógica es, por supuesto, peligrosa, y quienes se preparan para esa fecha no son los rusos, sino la OTAN y sus miembros. Es una «situación complicada», declaró el ministro de Defensa ruso. «La OTAN, la Unión Europea y el régimen de Kiev han intensificado» sus preparativos militares. Si están preparados para 2030, ¿podrían verse tentados a atacar?, pregunta Dmitry Kornev.

Como ya he indicado, me parece que las fuerzas más peligrosas para el mundo actual son las que representan a la ultraderecha europea. Las mismas fuerzas que ya intentaron en dos ocasiones, en el siglo pasado, desmembrar Rusia (o la Unión Soviética). Considerando el panorama europeo, no se puede descartar que lo intenten de nuevo. La diferencia radica en que, en el siglo pasado, aún no existían las armas nucleares. Las «no armas», las «armas inútiles», como las clasificó el diplomático estadounidense George Kennan, figura clave durante la Guerra Fría.

La guerra y la extrema derecha europea.

Con Europa preparándose para la guerra (que, de producirse, solo podría ser nuclear), me parece que es la ultraderecha europea la que apoya esta política. Esto se evidencia tanto en la financiación y el armamento de Ucrania como en la política de rearme europea, vinculada a los anuncios de una futura guerra con Rusia. Hoy, esto se manifiesta en la Comisión Europea, el Parlamento Europeo, la OTAN y todos sus Estados miembros.

Desde este punto de vista, no hay nada a la derecha de Ursula von der Leyen, ni de la vicepresidenta Kaja Kallas, ex primera ministra de Estonia y actual responsable de la política exterior de la Comisión; ni del comisario de Defensa, Andrius Kubilius, ex primer ministro de Lituania, representantes de la postura antirrusa más virulenta de Europa, junto con los polacos del liberal Donald Tusk. Tampoco hay nada a la derecha de la facción conservadora mayoritaria en el Parlamento Europeo, presidida por Roberta Metsola, de Malta.

Su compromiso con la guerra, la ausencia de iniciativas diplomáticas para resolver el conflicto, la apuesta por infligir una derrota estratégica a los rusos, el creciente gasto militar,

indispensable (pero inútil) para este propósito, y los reiterados llamamientos a prepararse para la guerra caracterizan a la extrema derecha europea. Una política que amenaza con conducir al mundo a una tercera (¿y última?) guerra.

Los líderes de los países bálticos, la Polonia de Donald Tusk y los gobernantes de Inglaterra y Alemania son algunas de las voces que con frecuencia advierten sobre la posibilidad de un ataque ruso. Reiteran su disposición a apoyar a Ucrania y a hacer «lo que sea necesario» para derrotar a Rusia.

Estos tambores de guerra acallan cualquier voz que abogue por un acuerdo de paz que tenga en cuenta las necesidades de seguridad de las distintas partes, incluidos los rusos.

El 16 de octubre, en una reunión del Consejo Europeo, el presidente António Costa, socialista portugués, hizo una breve declaración, acompañado por Volodymyr Zelensky y Ursula von der Leyen. ¿Qué dijo? «Nuestro mensaje al presidente Volodymyr Zelensky es muy simple. El apoyo de la Unión Europea a Ucrania sigue siendo tan firme como siempre». «Es hora de reforzar nuestro apoyo. De aumentar la presión». «Es hora de la paz».

¿Qué paz? Una paz entendida como el resultado de una mayor presión sobre Rusia. ¿Funcionará? ¿Ha funcionado en estos casi cinco años de guerra?

Europa sigue apostando por la posibilidad de infligir una derrota estratégica a Rusia, un objetivo difícil de imaginar. O, quizás de forma más realista, busca impedir una victoria total de Moscú, incluyendo el control de Crimea, Donetsk y Lugansk en el Donbás, y los territorios de Jersón y Zaporiyia, anexionados en septiembre de 2022. Según fuentes rusas, Lugansk está totalmente bajo control ruso, mientras que en Donetsk, aproximadamente el 17% permanece bajo control ucraniano. Fuentes cercanas a Kiev reducen la superficie bajo control ruso en Donetsk al 70%. En Jersón y Zaporiyia, el control abarcaría el 75% del territorio, sin incluir la capital de ninguna de las dos regiones.

Martin Schulz, socialdemócrata alemán que fue presidente del Parlamento Europeo entre 2012 y 2017 y que actualmente preside la Fundación Friedrich Ebert, defendió el apoyo a

Ucrania en una entrevista publicada en el sitio web español Agenda Pública . «Tenemos que impedir que Rusia gane porque dejamos de apoyar a Ucrania», afirmó.

Martin Schulz estima que Rusia no ganará y que Ucrania no perderá. Lo que no queda claro es a qué se refiere con «ganar». Parece aludir a la imposibilidad de que Rusia ocupe toda Ucrania, algo que Moscú ciertamente no está en condiciones de lograr ni se ha propuesto hacer. Sin embargo, Schulz reconoce que Ucrania ya está dividida y que «en este momento no existe ninguna posibilidad militar de recuperar Donetsk y Lugansk».

Su preocupación radica en que la CDU acabe aliándose con lo que los alemanes denominan la «extrema derecha», la AfD. Cree que, de seguir ese camino, se derrumbará. Prefiere que se alíe con el SPD, al igual que el actual gobierno, liderado por el canciller Friedrich Merz, comprometido con la transformación del ejército alemán en el «más poderoso de Europa» y con la preparación para la guerra contra Rusia.

El jefe del servicio de inteligencia exterior alemán (BND), Martin Jaeger, cree que su país corre el riesgo de verse involucrado en un conflicto violento con Rusia. Schulz, por su parte, habla de la necesidad de dialogar con Rusia.

La canciller alemana ha sido una de las voces más firmes en su apuesta por la derrota de Rusia. El 4 de octubre, durante una visita a Kiev, reiteró que, si no la detenían, la maquinaria bélica de Moscú, tarde o temprano, se volvería contra ellos. Palabras pronunciadas por el jefe de gobierno de un país que ya ha librado dos guerras contra Rusia y se prepara para una posible tercera.

Vladimir Putin reiteró que Rusia no tiene planes de atacar a ningún país europeo. Pero más importante que estas declaraciones —a las que se puede dar credibilidad o no— me parece que es la dificultad de encontrar razones para un ataque de este tipo, que Rusia tampoco está en condiciones militares de llevar a cabo. Líderes como el primer ministro lituano, Mindaugas Sinkevicius, el presidente de Finlandia, Alexander Stubb, o el propio secretario general de la OTAN reconocen que no hay pruebas de que Rusia se esté preparando para

atacar territorio de la OTAN.

La voz del fascismo europeo

Ucrania busca urgentemente recursos para la guerra. A mediados de octubre, la Comisión Europea aceleró el proceso para recaudar los 70.000 millones de euros adicionales que Kiev solicitó para financiar su presupuesto de 2027.

Andrii Sybiha, ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania, propone utilizar los más de 300.000 millones de euros de fondos rusos congelados en bancos europeos para este fin. Elabora un argumento complejo para justificar el uso de los recursos rusos, que la Unión Europea aún no ha aceptado, a pesar de que Suecia, los Países Bajos, Polonia y España presentaron una propuesta el pasado agosto para reabrir el debate sobre el tema. No es una cuestión sencilla. Ni siquiera los nazis lo hicieron en su guerra del siglo pasado.

Andrii Sybiha estima que el uso de fondos rusos «podría aportar resultados tangibles e inmediatos, fortaleciendo a Ucrania en primera línea y acercando la paz». ¿Paz de nuevo? ¿Como dijo Costa? ¿Como estiman los alemanes? ¿Como proponen Suecia, los Países Bajos, Polonia y España —tres países particularmente agresivos en este escenario, a los que se suma la España de Sánchez—?

En cualquier caso, no explican cómo se producirá este refuerzo de Ucrania en el campo de batalla, donde, aunque lentamente, las fuerzas rusas siguen avanzando. Tampoco explican cómo este eventual fortalecimiento conducirá a la paz. Me parece que difícilmente la traerá. Al contrario, es la voz del fascismo europeo, de la extrema derecha, la voz de una guerra que se está apoderando del panorama político europeo.

Esta es la idea de Donald Tusk, expresada en el Foro de Seguridad de Varsovia: ha llegado el momento de que todo Occidente demuestre a Rusia y a Vladimir Putin que estamos preparados para una política de disuasión, aplicando incluso medidas más severas.

¿Medidas más severas? ¿Incluso la guerra? ¿Medidas como las anunciadas por el primer

ministro lituano Mindaugas Sinkevičius, cuyo parlamento eliminó de la Constitución la prohibición de poseer armas de destrucción masiva en su territorio? Para Sinkevičius, «no se trata de una escalada, sino de disuasión».

Esto no tiene sentido. Como ya he dicho, si el mundo civilizado no los detiene, esta Europa nos llevará de nuevo a la guerra. Solo que esta será una guerra diferente…

Gilberto Lopes, Periodista y doctor en Estudios Sociales y Culturales por la Universidad de Costa Rica (UCR).

Fuente: https://www.other-news.info/noticias/europa-esta-furiosa-por-gilberto-lopes/

Foto tomada de: https://www.other-news.info/noticias/europa-esta-furiosa-por-gilberto-lopes/